

LXVIII.

No nos admiremos pues de que el cetro de oro ceda al laurel del poeta. El recuerdo de Homero conmueve mas que el valor de Aquiles al hijo de Philipo; y cuando vemos al mas grande conquistador envidiando la suerte del héroe griego, no por su gloria en los combates, sino por haber cantado sus hazañas el primero de los poetas, creemos fácilmente que hubiera cambiado la dominacion del mundo por la conquista del genio.

Pero Señores, mi pequeño discurso jamas podrá elevarse á la altura necesaria para hablar dignamente de la elocuencia y de la poesia; y no la voz débil de un jóven que se ha iniciado apenas en este género de estudios, sino las reflexiones de cualquiera orador están ya prevenidas por el gusto de los literatos que me escuchan; y si habeis sentido plenamente vosotros la necesidad de cultivarlos, lo debeis sin duda, menos á los elogios que de ellos se han hecho, que á la lectura de los hombres insignes que los han merecido.

Demóstenes y Tulio, Homero y Virgilio en la ilustre antigüedad; Bossuet y Massillon, Fenelon y Racine en el mas bello siglo de la Francia; el dulce Garcilaso, el sublime Herrera, el cultísimo Rioja, el tierno y delicado Melendez, honor esclarecido de la literatura española, os han inspirado ese entusiasmo que veo brillar en los ojos de esta reunion escogida. Si: no temo afirmarlo: el anuncio de que estos genios deben ser evocados en este lugar, os han juntado en él para saborear de nuevo las dulzuras inefables que habeis gustado mil veces en la lectura de sus obras: y ellos mismos extenderán vuestro interes al ensayo imperfectísimo que hoy tengo el honor de sujetar á vuestro juicio, satisfecho de que en nuestros trabajos no buscais las producciones acabadas de un ingenio maduro, sino los esfuerzos de una juventud que reune títulos bastantes para aspirar á vuestra benevolencia, con solo haber obedecido á la voz de sus maestros.

LXIX.

ARENKA

CON QUE

D. Manuel A. Velez,

DIO PRINCIPIO A SU ACTO

DE LITERATURA

LA TARDE DEL 13 DE OCTUBRE DE 1837,

A PRESENCIA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR

DON JUAN CAYETANO PORTUGAL,

DIGNISIMO OBISPO DE MICHOACAN,

A QUIEN FUE DEDICADA ESTA FUNCION PUBLICA

ILMO. SEÑOR.

LAS instituciones francas y sencillas de los antiguos pueblos, los climas deliciosos de la Italia y de la Grecia, una naturaleza virgen que ostentaba sus flores intactas á la vigorosa actividad de una imaginacion creadora, levantaron las artes y el ingenio á una altura, que nos obliga todavia despues de dos mil años á inclinar nuestra frente ante los simulacros augustos de Atenas y de Roma. ¿Quien hubiera previsto en aquella época lejana, que habia

LXX.

de llegar un tiempo, en que elevado el carácter de la oratoria á una dignidad mas eminente que la tribunicia y consular, obtendría el ingenio una superioridad incontestable sobre todo lo que mas se admira en los grandes modelos de los antiguos maestros?

Un soplo divino descende de los cielos, saca al hombre de su esfera natural, y le comunica la fuerza poderosa, la fuerza irresistible de las concepciones eternas. El Evangelio aparece, y la elocuencia, consagrada hasta entonces á asegurar los derechos del hombre privado, ó á promover los intereses de las grandes naciones, extendió prodigiosamente su poder sobre el sentimiento y la imaginación: por que ya no tuvo que lisongear las pasiones de un pueblo, ni que abatirse á emplear el lenguaje, de la adulacion para inclinar las voluntades de un usurpador injusto en favor de la inocencia calumniada. Colocada en su verdadero punto, dirigida á su único objeto, eleva su voz augusta para revelar al hombre los misterios de la única divinidad, extender por todo el mundo el suave imperio de la moral cristiana, y ensalzar en los objetos mas pequeños de la naturaleza, asi como en los mas grandes, la sabiduria, el poder, la inmensa magestad de su divino autor.

Me traslado en este momento al templo cristiano: yo veo á un sacerdote que sin otro aparato que el de una cátedra sencilla, sin mas decoracion que su carácter, y sin otro influjo que el de sus virtudes, penetra hasta lo mas íntimo del corazon humano y obra en los que le escuchan transformaciones que nada tienen de comun con los triunfos de la elocuencia profana. Una mirada compasiva que dirige á su auditorio, un arrobamiento profundo que lo enagena, unos ojos donde brilla el fuego de la caridad, una boca que se abre para descubrir los sentimientos de ternura que agitan su corazon, nos hacen olvidar al hombre y reconocer en él un ser todo divino. Eléva-

LXXI.

se nuestra alma á los pensamientos mas nobles; el mundo no es nada á nuestros ojos; y el espectáculo de la eternidad viene á suceder entonces á los falsos prestigios, á las seductoras ilusiones y á las esperanzas engañosas. „¡Hijos míos, caros hijos!” He aquí sus primeras palabras, hé aquí, dice Chateaubriand, todo el secreto de la elocuencia del Crisóstomo campestre. Yo veo pendiente de sus labios á una muchedumbre dócil, observo que simpatiza con todos sus sentimientos. ¿Quién ha dado á este pastor humilde un ascendiente tan prodigioso en el alma del pueblo? En vano busco en cada uno de sus pensamientos aquella singular destreza con que el defensor de Ligario lisongeara el amor propio de un orgulloso general. Las palabras con que empieza nos recuerdan aquellos tiempos felices de los patriarcas, en que un soberano no era mas de un padre, y la sociedad una familia numerosa. :::::¡Hijos míos, caros hijos!::::: ¡Ah! ¿Eran estos, Señores, los vínculos que en las antiguas repúblicas estrechaban á los oradores con el pueblo? ¿Desplegaron nunca sus labios, para dejar salir de su corazon estas palabras llenas de ternura, estos restos queridos de la voz de la naturaleza? Sin duda que un lenguaje tan lleno de encantos, dirigido á un pueblo inocente y sencillo, donde no ha penetrado todavía el contagio maligno de una sociedad abandonada al lujo y los placeres, nos determina irresistiblemente á bendecir nuestra dicha en gozar de una religion tan pura, que nos habla tan de cerca y se insinúa en el alma de un modo tan dulce y al mismo tiempo tan victorioso. ¿Como se dilata mi espíritu cuando veo á este hombre venerable anunciar la doctrina santa á los buenos habitantes de la campiña! ¿Pero es por ventura menos admirable cuando con un genio profético y con voz de trueno lanza sobre la pompa de las cortes, en el estrépito de las conquistas y contra el orgullo de las grandezas humanas, los rayos de la palabra divina?

LXXII.

Yo me siento agitado por una conmocion extraordinaria cada vez que repaso en uno de los escritores mas insignes con que se honra la Francia este bello pensamiento donde estan consignados los titulos augustos del ministro del evangelio. „Ven, „le dice, ven á ocupar en el santuario el lugar „del mismo Dios: todas las verdades morales te „pertenezen: todos los hombres no son delante de „ti sino pecadores y mortales; y los depositarios „del poder no se distinguen á tu vista sino por sus „mas graves obligaciones, sus peligros mas terribles, „y la espantosa perspectiva de un juicio mas se- „vero.” Tales son en pocas palabras los principales caractéres de la elocuencia del púlpito.

¿Quien osará establecer la comparacion entre ella y la elocuencia profana? Bossuet y Massillon no son los rivales de Demóstenes y Tulio, una distancia incalculable los separa; y si ellos supieron aprovecharse de la energía que subyuga, de esa mezcla feliz del talento y la imaginacion, del sentimiento y la filosofia, del ingenio mas fogoso y el gusto mas delicado; fué menos para marchar por sus huellas, que para asociar primores de segundo orden, á bellezas de un orden infinitamente superior, á esas concepciones sublimes que nacen de la fuente misma de nuestro culto.

Bossuet sube á la cátedra de la verdad; convoca desde allí á todas las coronas del mundo; siéntese agitado por la divina inspiracion. El universo entonces no es á sus ojos sino un monton de ruinas; y al considerar el fatal término en que vienen á estrellarse los proyectos de elevacion que concibe la soberbia presuntuosa de los hombres, se indigna de tomar en sus labios la palabra grandeza; no mira en ellos sino una destruccion sobre otra destruccion, y al borde del sepulcro es donde con una voz llena de fuego proclama la nada de las grandezas humanas. Aproximando, por decirlo asi, á la tierra las moradas invisibles, y la eternidad al tiempo, levanta su voz terrible para dar

LXXIII

lecciones á los reyes: llora en una muerte todas las muertes: llama triste la inmortalidad que concedemos á los heroes: los busca en vano en los combates y en las victorias: en vano se fija en el sepulcro para encontrar allí siquiera sus despojos, su imaginacion se fatiga inútilmente para hallar con que nombrarlos, por que mira perecer hasta los términos fúnebres con que designamos sus miserables restos; y en medio del aparato suntuoso con que la magnificencia de las cortes pretende honrar la memoria de los grandes, no ve mas que genios llorando al rededor de un sepulcro, y columnas soberbias, que parecen querer llevar hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada.

Transportaos, Señores, á aquel dia, (por que es muy grato para las almas grandes, refrescar la memoria de ciertos objetos, que les han arrancado alguna vez el tributo de la admiracion,) transportémonos al dia terrible en que Massillon separa del resto de los hombres á los fieles que le escuchan: cuando reduce á un instante el curso indefinido del tiempo; y cuando á los ojos de una augusta asamblea, hace á la naturaleza exhalar el último gemido. „Acordaos de aquella fuerza, vehemencia y energía que siempre van en aumento, de aquellas pinturas espantosas que se engendran y suceden con rapidez, de aquellos movimientos progresivos que preparan al auditorio para recibir el último golpe de la elocuencia: de los cielos que se abren, y de la repentina aparicion de Jesucristo que va á fijar la eternidad: del espanto del predicador que se coloca en la escena al lado de su auditorio, sumergido en la ignorancia mas profunda sobre su último destino: de aquel apóstrofe capaz de desesperar que dirige á los justos; de aquella interrogacion sublime á Dios, á que la conciencia tiembla responder: „¡ó Dios ¿en donde estan „vuestros escogidos, que es lo que queda para vuestro rebaño?” Para apleciar este triunfo de la elocuencia, dice Maury, es necesario suponer la re-